



#### LA AUTORA:

Poco queda ya por decir de Hélène Dorion. Desde la publicación de su primer libro en 1983 hasta la obtención del prestigioso premio Athanase-David por el conjunto de su trabajo en 2019, la autora, nacida en Quebec, lleva firmadas más de treinta obras. Poesía, novela, relatos, ensayos, cuentos infantiles... sus libros se publican en más de una decena de países y le han valido numerosos honores y premios, entre los que destacan el Premio Literario del Gobernador General, el premio Anne-Hébert, el premio Senghor y el premio Mallarmé. A lo largo de treinta y seis años, Hélène Dorion ha indagado a través de su obra en la intimidad del ser, invitando a meditar sobre la magnificencia del mundo.

Contact: Tania Massault  
tmassault@editionsalto.com



# Pas même le bruit d'un fleuve

de Hélène Dorion

Traducción de  
Verónica Guinea De Andrés

**Published March 2020**  
**More than 3500 copies sold.**

#### Resumen

Cuando Hanna descubre, entre las pertenencias de su madre recientemente fallecida, cuadernos, fotografías y recortes de periódico, decide emprender un viaje a lo largo del río San Lorenzo, descendiendo hasta Kamouraska, en un intento de unir su historia a la de ella, Simone, esa mujer silenciosa y ausente de su propia vida.

Este viaje de Montreal a Pointe-au-Père, siguiendo el rastro de mareas en ocasiones crueles, es a la vez un viaje en el tiempo que le permite hallar la impronta del primer amor de su madre, y retroceder hasta 1914, cuando se produjo el naufragio del *Empress of Ireland*. Aprende entonces que una tragedia forma el tronco de las desgracias íntimas que atraviesan generaciones, y que los supervivientes son a veces los verdaderos naufragos. En ese camino que la conduce a ella misma contará con la fuerza del arte y de la amistad para iluminar su búsqueda. Con las velas hinchadas de poesía, *Ni siquiera el rumor de un río* transporta revelaciones, milagros y misterios a raudales.

Rights held: World

#### Extracto

¿Cuántos días viviremos?

La pregunta es tan brutal como inconveniente. Si la esquivamos, los años pueden desgranarse sin que nos demos cuenta. No quedaría, al final, más que unas cuantas horas que se han ido deslizado como el agua de un riachuelo para unirse al río, y luego al mar, sin dejar rastro alguno de su paso.

No creo que mi madre se planteara jamás esa pregunta. Cada día era para ella un ejercicio de supervivencia. Entre los momentos en que la veía cumplir con las tareas de la casa, los que parecía feliz con sus amigas y aquellos en los que estallaba la guerra con mi padre, en ocasiones se detenía y miraba fijamente al vacío, a otro lugar que la aspiraba

hacía sí. Si en esos momentos yo trataba de hablarle, tropezaba con su ausencia. El rostro de Simone se me volvía extraño, ya no era mi madre quien estaba ahí, sino una desconocida. Ni siquiera hoy puedo decir que conozca bien su historia. Pero ¿acaso llegamos a saber alguna vez toda la verdad de nuestros padres?

### Kamouraska, 1949

#### VIVIR ES SEGUIR EL RASTRO DEL NIÑO QUE FUIMOS

A esta altura del río, el horizonte carece de orilla. Se puede decir que ya es *el mar*. Aquí las tormentas nos roban el cielo a hurtadillas, y a veces también nuestros sueños.

Como árboles de ramas enmarañadas que aprisionan a otros árboles a medida que crecen, cada historia se abre paso entre la vida y la muerte. Nunca se adivinan todas las raíces ni los momentos de incertidumbre que hacen que la historia zozobre. O quizás no llega a zozobrar y se acerca a las estrellas que la iluminan ligeramente. No somos muy diferentes de esos bosques salpicados de árboles, altos como montañas de huesos desafiando al cielo pero que súbitamente pueden dislocarse.

Nuestras raíces corren bajo el suelo, invisibles, imposibles de desenterrar del todo. Se puede intentar arrancar una, con la esperanza de que nos llevará hacia otra que también podremos liberar, y así sucesivamente hasta que percibamos un sentido en esta historia que llamamos *nuestra vida*.

Simone avanza con determinación en el agua helada. Sabe que no hay umbral, hay que entrar brutalmente, sus pies se hunden en la arena fría, afronta las primeras olas y sigue avanzando, hasta que el agua alcanza sus caderas. Entonces se zambulle. Hasta pasado un buen rato, no emerge a la superficie para respirar.

¿Cuánto tiempo dura una noche? Se pregunta dejando que su cuerpo resbale por el agua oscura. Nada temen

quienes lo han perdido todo. El mar se convierte en una jaula de oscuridad. Pero Simone no tiene miedo al frío ni a la negrura que quizás permanezca. Pronto sus manos tocarán las algas y el barro, continúa descendiendo y cree adentrarse en el cuadro colgado en el salón de su casa familiar que tan a menudo mira, convencida de que esta obra, *El sueño de las profundidades*, le enseña a ver mejor, a captar mejor los movimientos de la vida contra los que se debate, las formas que se disuelven para en seguida recrear otras nuevas: de modo que así es como se pinta, así es como hay que vivir, se dice mientras observa la vasta desesperación que se retuerce en ella y engulle lentamente todo el azul.

Simone se deleita en esos instantes en los que siente su cuerpo entumecerse. Dado que el agua no conoce el tiempo, éste cesa de fluir. Cierra los ojos y sincroniza mecánicamente el movimiento de los brazos con el de la cabeza, que gira a derecha y a izquierda, respirando en el momento en que el brazo pasa justo por encima del agua y restalla contra las olas.

Nada, y mientras uno nada, se dice, no puede ahogarse. Le gusta sentir que cada secuencia aleja un poco más sus pensamientos, pues no se piensa cuando se nada, hay demasiados mundos —el del tumulto y el de la belleza, el del vacío que te atrapa y el del repleto que te sostiene—, demasiados mundos para que pueda entrometerse el del pensamiento.

¿Cuánto dura la noche?

La marea está alta; las olas, fuertes. Pero Simone no las ve, sigue nadando, sus piernas marcan una cadencia regular, y cuando una ola irrumpe justo en el momento en que abre la boca para respirar, escupe sin esfuerzo el agua salada que sabe a lágrimas, sabe a ese vacío que ningún mar podría ahogar. Sigue nadando: no hay orilla que alcanzar, se dice, está bien liberarse por un momento, no tener que luchar más contra las corrientes que hacen que todo se tambalee, simplemente agitar brazos y piernas sin pensar, entregarse a la aguja del tiempo que sigue dando vueltas, pase lo que pase. A no ser que vivir sea esto, entrar en la corriente sin bordear los arrecifes ni los bajos fondos, sin evitar las piedras que la marea no tardará en expulsar sobre la playa... El cielo es

a veces un consuelo, cuando ningún pájaro negro  
raya su superficie ese azul se convierte en refugio al  
que la tierra relata sus cosas, y

*a veces parece enternecida  
de ser tan escuchada,  
entonces despliega su vida  
y ya no dice nada<sup>1</sup>.*

Simone levanta la cabeza. A través de la leve niebla  
que ondula sobre el agua, cree divisar algo, una barca  
o quizás una roca, una de esas rocas difíciles de  
percibir que desuellan los cascos de barcos temerarios.

¿Hacia qué isla me dirijo a la deriva? Se pregunta.  
Una isla en donde uno ya no existe realmente, en  
donde se busca un punto de claridad en mitad de la  
noche, una fuente hacia la que se es conducido, una  
orilla que pudiera ser el comienzo del mundo o de  
nuestra propia existencia, la nada chocando contra  
la nada y engendrando milenios, algunos átomos en  
la oquedad de la nada, y eso basta para que la vida  
comience.

Cierra los ojos, detiene el movimiento de los  
brazos, como para ver si la bondad del agua sabría  
conducirla. ¿Se puede flotar ignorando de dónde  
viene el viento y adónde van las mareas?

Tumbada sobre la espalda con los brazos en cruz,  
abiertos como velas ligeras en la superficie del agua,  
y la cabeza sumergida, Simone no oye más que el  
rumor sordo del mundo. Es el sonido de los recuerdos,  
de las velas desgarradas, de los mástiles partidos, de  
las olas demasiado altas que destrozan los navíos.  
Se pone a recitar espontáneamente un poema que  
apuntó en un cuaderno:

*¡Hombre libre, por siempre amarás la mar!  
Su ola infinita refleja el espejismo  
Oscuro y profundo como tu propio abismo  
Espejo en el que tu alma habrás de contemplar*

La corriente la arrastra hacia altamar, o tal vez  
sean las nubes, que gotean en un río de bruma, una  
arquitectura en movimiento, pájaros que planean  
como los restos de un naufragio en un cielo de  
tormentas y de ruinas.

¿Qué se siente —se pregunta— cuando el agua  
penetra por la nariz, colma los ojos, se introduce y  
desciende por el estómago, qué se siente cuando  
recorre todo el cuerpo y lo oprime hasta asfixiarlo?  
¿En qué momento se sabe que es demasiado tarde,  
que ya no se puede regresar? ¿Y cómo imaginar que  
ese río tan colosal hace un momento se convierte de  
pronto en veneno en la boca de sus víctimas?

Simone se abandona a ese paisaje incierto, pero  
una ola más fuerte que las demás hace que vuelque.  
Cuando su cuerpo está empezando a hundirse hacia  
la oscuridad, se yergue de un golpe de cadera, regresa  
a la superficie y se gira boca arriba.

Con los ojos abiertos, mira el cielo repleto de  
espuma, se dice que la noche no acabará, el sonido  
de los recuerdos seguirá arrollándola aún por mucho  
tiempo. Ese cielo no tiene nada de promesa. Simone  
ya no siente los brazos ni las piernas, se deja llevar  
a la deriva esperando encallar contra algún escollo.

**Montreal, 2018**

## **VOLVER A CASA**

**(EN DONDE NOS CONTAMOS LA CAZA, LA COMPRA,  
LA RECOLECTA, EL ORIGEN)**

Siempre he odiado el olor a cloro. Cuando era  
pequeña, mis padres me obligaban a ir tres veces  
por semana, durante todo el verano, a clases de  
natación que empezaban a las siete y media de la  
mañana. Antes de llegar a la piscina del barrio ya

1 I N del T.: Poema de Rilke, *Au ciel, plein d'attention*.

estaba tiritando. Esos días me despertaba con náuseas, incapaz de comer nada antes de montarme en la bici temblando, aterrorizada con la idea de tener que zambullirme en esa agua aún cargada del frío de la noche. Tenía que aprender a flotar, a nadar a braza, a espalda y a crol, a batir piernas y brazos o a estirarlos lo más lejos posible para recogerlos lentamente, dominando la respiración para coordinarla con los movimientos del cuerpo. Hacia la mitad del verano, una de las clases la dedicaban por completo a las técnicas de socorrismo. Era la peor mañana. Durante horas, la monitora hacía como que se ahogaba, y los niños teníamos que saltar al agua por turnos para intentar salvarla de la mortífera situación que, en otras circunstancias, podría resultar fatal de verdad. La noche siguiente era presa de las pesadillas. Veía a mi madre en altamar, agitando los brazos como una loca y yo me quedaba inmóvil en el muelle, con los pies transformados en largas raíces que se entrelazaban con las tablas de madera. O bien era yo la que se ahogaba bajo el peso del agua que se cerraba por encima de mi cabeza. Sentía la fuerza de la corriente aspirándome hacia el fondo, pequeñas burbujitas dibujaban figuras extrañas al salir de mi boca, y luego todo se volvía negro.

Cada vez que un efluvio de cloro me sube por la nariz, esas horribles mañanas de verano reaparecen en mi memoria. Traen imágenes de mi cuerpo hundiéndose en un abismo hasta tocar el fondo rugoso. Tengo los ojos cerrados, la boca a punto de abrirse, el corazón empieza a latirme tan fuerte que tal vez ya nunca pueda volver a la superficie y reunirme con ese resplandor que parece tan lejano, apenas puedo percibir un destello, una grieta de luz por la que soltarme de mi depredador.

Un día vi a mi madre entrar en el mar como si abrazara a un cuerpo amado, como si los golpes violentos de las olas contra sus caderas fueran los de un amante al que se estuviera abandonando. Para ella el agua no estaba gélida, el sol no le quemaba la piel. El viento desbarataba su cabello, revelaba la belleza de sus rasgos y la obligaba a anclar los pies más profundamente en la arena. ¿Acaso su mirada buscaba algo al final del vacío, esperaba que el mar regurgitara las esquirlas de un pasado, el sonido de los recuerdos? Mi madre volvía a ser una desconocida

para mí. Después de un largo rato, Simone daba la vuelta y regresaba hacia la playa, las mejillas mojadas de lágrimas y de espuma, el cuerpo exhausto, roto por un extraño enfrentamiento con ella misma.

Sin duda, nunca llegamos a conocer del todo los rostros más cercanos. Seguirán pareciéndonos un enigma pese a los años compartidos con ellos en una intimidad que tal vez no vuelva a existir. Los seres presentes desde nuestro nacimiento, los que nos acompañaron en los primeros pasos, y también en nuestras primeras caídas, serán por siempre mosaicos inacabados.

En algunos momentos, puede que seamos capaces de encajar ciertos fragmentos, de precisar cierta parte del rostro, al tiempo que otra se modifica. Sus semblantes, borrados a medida que nos acercamos a ellos, empiezan entonces a perfilarse con mayor nitidez, oímos el ascenso del rumor de sus vidas, de hilos y engranajes camuflados hasta entonces, de pesadas y disimuladas sombras, de puertas entreabiertas. Oímos el balanceo infinito de su mundo alcanzar el nuestro, cual marea que arrastrara con ella pedazos ignorados de nuestra propia historia, un oleaje de acontecimientos insospechados. Y, en ocasiones, las brechas por las que se escapaba el sentido de aquella cara a la vez simple y compleja que nos trajo al mundo -un padre, una madre-, se colman de rostros desconocidos.

El mordisco de la duda, el fondo de las cosas por desenterrar: ¿podré recuperar la

parte que falta de una vida abandonada como la vieja concha de un cangrejo ermitaño?

## **EL MUNDO DE LA INFANCIA ES UN CAPAZO SUSPENDIDO A LA ESPERA DE QUE PASE ALGO**

Los momentos en que mi madre se quedaba sentada, silenciosa, y parecía perdida en sus pensamientos, yo no imaginaba que pudiera estar sufriendo. Había tantos otros momentos en los que hablaba, reía, se movía de un lado a otro para terminar una cosa o

empezar la siguiente, que no podía imaginar que, mucho antes de mi nacimiento, una bomba hubiera explotado en su interior. El dolor se había propagado por su corazón, su estómago, su cabeza y su mirada, y nunca se había recuperado de él.

Un día, mi madre me dijo: *¡Si no llorabas, Hanna, me olvidaba de darte de comer!* En ese momento me pareció divertido, seguramente con eso quería explicar lo buena que era yo, pero hoy en día ya no lo sé. ¿A qué casa, a qué vida se trasladaba en esos momentos?

Simone se esforzaba sólo por sobrevivir, por pasar a través de los días cumpliendo con sus obligaciones de madre de familia, sus deberes como esposa, y asumiendo sus responsabilidades de hija y de hermana. Ahora creo que sólo tenía un afán: volver al inicio del camino. Pero yo no pensaba en eso. No podía ni quería verlo.

De modo que cuando tuvo que enfrentarse a su muerte, no intentó rechazarla. Prolongarle la vida, no era una opción para ella. Sí que tuvo un arrebato de ira, algo así como un atisbo de rebeldía, una última mirada hacia los momentos felices, los seres queridos, la belleza del cielo al alba, cuando se levantaba antes que los demás para ir a contemplar el nuevo día desde la ventana, pero nada que hubiera podido retenerla, ni siquiera algo de tristeza que la incitara a retrasar el momento de irse.

Ya en la primera visita al médico Simone fue clara: *No haga nada para prolongarme la vida.* Yo estaba en la habitación del hospital con mi amiga Juliette cuando mi madre pronunció esa frase. Me costaba creer que no quisiera intentar nada, que nada ni nadie le diera ganas de quedarse unos meses o unas semanas más, si es que era posible.

Cuando volvió a casa, le propuse ir a Kamouraska, sabía lo mucho que amaba ese paisaje de mar en el que vivió su juventud. Por supuesto nunca hablaba de eso, nunca evocaba el pasado, fue mi padre quien durante mucho tiempo rellenó los huecos de la historia —*¿En qué era que trabajaba mi abuelo, Adrien, tú te acuerdas?*— relatando los veranos al borde del río, en aquel pueblo en el que se encontraban con sus amigos: así fue como mi madre y él se conocieron y empezaron a salir.

Simone parecía haber olvidado muchas cosas de su propia vida, pero quizás no quería recordarlas.

No quiso volver a Kamouraska. Le propuse que nos acompañara una enfermera para que estuviera más tranquila. Habría alquilado un coche espacioso y cómodo, habríamos ido por la Carretera de los Navegantes, que bordea el río. Al atravesar el puente de Quebec enseguida habría visto Lévis, aquella ciudad en la que tan poco le gustó vivir cuando Adrien se arruinó y tuvieron que vender el lujoso apartamento de Sainte-Foy. Para una mujer de la zona chic de la ciudad y de los entornos burgueses de Quebec, vivir en la orilla sur era una deshonra. ¡Qué rencor le guardó a mi padre por haberla obligado a permanecer en un sitio *ni ciudad ni zona residencial*, y cuánto aborreció aquel apartamento de dos habitaciones con vistas a un aparcamiento y con una iluminación que estropeaba todas las veladas! Nunca invitó a sus amigas a ir allí durante los cuatro años que duró ese exilio. No me ubico, decía ella, no me siento en casa. Pero en realidad no fue feliz en ninguna parte.

A la vergüenza de vivir en Lévis se agregaba el miedo, porque ahora tenía que atravesar el puente para llegar a la ciudad, a la *verdadera* ciudad, esa en la que vivían sus amigas, esa por la que le gustaba pasear e ir de tiendas. Pero el puente añadía al peligro de coger la carretera (sobre todo en invierno, ella que temía ya a tantas cosas: los accidentes, la enfermedad, cualquier posible fractura de la existencia de la que parecía estar siempre al acecho), ese instante en el que el dique cede, la presa se fisura, y el más ligero indicio de que aquello podría ocurrir la sumía en un estado de estupor cuya profundidad me sorprendía siempre.

Mi madre no quiso recorrer el trayecto de su vida en sentido inverso, el hielo habría podido abrirse y la niebla levantarse, habría perdido de vista el horizonte, y por lo tanto, con él, la muerte.

Hoy sé que sobre todo fue por mí si quise hacer ese viaje. Para pasar algunos días a solas con ella, para acompañarla en su silencio y que me acompañara ella en el mío. Quería entrar en su mirada de madre, que ella entrase en la de su hija, que intentáramos vivir ese vínculo una última vez,

y que se apagara en mí la dolorosa sensación de estar ante ella como ante una extraña.

Me hubiera gustado tanto ir en coche con mi madre, aunque fuéramos calladas. Ese silencio habría sido nuestra palabra, habríamos estado juntas como nunca hasta entonces, habríamos visto pasar los nombres de los pueblos: Cap-Saint-Ignace, Rivière-Ouelle y, al fin, Kamouraska, la costa de su juventud.

Quizás habríamos continuado hasta la Isle-Verte y Rimouski, en la otra orilla del Saint-Laurent adonde íbamos tan a menudo cuando yo era pequeña: nos hubiéramos reencontrado con nuestros recuerdos en Baie-Saint-Paul y en Escoumins, en donde un día de otoño uno de sus primos nos invitó a montar a bordo de su barco de pesca para ir a altamar a otear las ballenas. Mi madre permaneció agazapada en un rincón de la embarcación, y fui adonde ella. Acurrucada contra su pecho hacía como si tuviera miedo, eso nos unía. Ella decía a Adrien que tenía que quedarse conmigo, que me daba muchísimo miedo el agua. No era del todo mentira, me libré por los pelos de ahogarme cuando tenía cinco años. Estábamos en el mar, mis padres se despistaron, quizás estaban peleándose otra vez en la playa, y durante todo ese rato yo casi no podía respirar bajo la ola que acaba de revolcarme. Hasta que una mano me levantó. Mi padre había corrido hasta el agua y me agarró del jersey de algodón acolchado, que de pronto pesaba mucho.

Mi madre ya casi no tenía apetito, pero le habría propuesto pararnos en alguno de esos restaurantes que bordean la 132, y habríamos encontrado un motel en la orilla del río. Por la mañana habríamos paseado por la playa, respirando el olor a algas y a sal, ella quizás habría mirado al infinito y yo habría observado con ella la vastedad de su vida desvaneciéndose como la línea de horizonte que desaparece al cabo de unas horas. Quizás me habría hablado de su infancia y de su juventud, de esos años que desplegaron todas sus posibilidades ante ella, todos los caminos que súbitamente se iluminan de tal manera que uno no sabe cuál elegir: qué paisaje abrazar, el mar para aprender las tormentas o el bosque para conocer la maleza.

¿Cuántos días tenemos para ver a quienes nos dieron la vida a través de todo aquello que son, toda su existencia, y no ya únicamente a través del ángulo que les reduce a ser ese padre, esa madre que fueron?

¿Cuánto tiempo tendrán para unirse a nosotros, para darnos esa mirada que esperamos, que nos dirá un poco de lo que somos y nos legitimará en nuestra existencia?

Paseando por la orilla del río, Simone quizás me habría hablado de cuando se convirtió en mi madre, o de cuando mi padre murió, y yo le habría preguntado por qué nunca lo dejó, a pesar de las tensiones permanentes, de los conflictos en ocasiones violentos. ¿Por qué no se fue, conmigo o sin mí, y en qué pensaba aquellas noches, inmóvil en la ventana, esperando a que él volviera a casa? Esa ausencia, esos días desgarrados por las incesantes discusiones, aquel sufrimiento silencioso, vasto como un río que se vuelve océano: todo se arremolinaba ante sus ojos.

Esa carretera del tiempo no la quiso recorrer. Si no hay carretera, no hay horizonte. Como si no pudiera alejarse de su muerte. Ya no era el momento de ir a ninguna otra parte. Y, sobre todo, no al pasado. Mi madre me dijo: *No*. Sin explicar nada, sólo un *no* que clausuraba la continuación.

Ocho semanas más tarde se llevó todo consigo, y lo primero fue esta historia que era un poco la mía.

Para ella era el final, pero para mí, algo comenzaba.